

Ella debe estar tan linda

Deslizó sus manos bajo la blusa de la joven mujer y dibujó con ellas dos líneas verticales en su espalda. Confirmó que no llevaba sostén.

—¿Qué investigás? —preguntó ella, sonriendo.

—Lo que vos ya sabés —respondió él, y las trajo al frente para oprimir con suavidad sus pechos. Sintió renacer la dureza de los pezones y, también, la de su propia entrepierna, que luchaba por conseguir la libertad. Ella fue consciente de eso y se apretó aún más contra su cuerpo.

El beso que se dieron hizo ruborizar a la luna que, cómplice, se escondía de ellos tras los nubarrones que ocultaban el cielo de Azul. El marco ideal lo brindaban la penumbra del zaguán de la casa de la joven, y la humedad caliente de una extraña primavera a la que todavía le faltaba un mes para finalizar.

—¿No tuviste suficiente? —volvió a preguntar ella, despegando apenas sus labios de los de su hombre; él volvió a conquistarlos con pequeñas mordidas y una lengua que, curiosa, pedía más y más.

—Nunca es suficiente, linda.

Estuvieron así, pegados uno al otro y acariciándose como el rocío a la flor, solo por un minuto más. Y, entonces, el hombre la tomó de la mano y la condujo del zaguán a la vereda. Allí, la miró a los ojos, la abrazó y la volvió a besar.

—Chau, hermosa.

—¿Cuándo te vuelvo a ver? —preguntó la joven.

—El viernes de la semana que viene. Vengo al Juzgado a la mañana. Si tenés ganas, podemos almorzar juntos y después... —hizo una pausa—... después vemos qué onda.

—Dale. Te quiero mucho, ¿sabés?

—Sí, preciosa, lo sé. Yo también.

El último beso fue el más tierno y, a la vez, el más difícil. Porque significaba que no se verían hasta dentro de diez días. Y porque no sabían si podrían aguantar tanto.

El hombre caminó hacia atrás con la vista clavada en la mujer hasta que ella, saludándolo con una de sus manos, entró a su casa. Y luego fue hasta el estacionamiento donde había dejado el auto, a solo dos cuadras.

Llegó al lugar justo cuando comenzaba a llover.

Le costaba horrores verlo irse de su lado —cada vez le dolía más—, y por eso se metió rápido en su hogar.

El reloj de pared de la cocina marcaba la una de la mañana. Levantó los brazos, se tomó de las manos y estiró su cuerpo con ganas. Suspiró. Y recordó cada segundo de lo vivido en esa noche que, para ella, ya llevaba dos horas de plena acción.

Fue hasta el baño, se desnudó, abrió la ducha y dejó que el agua caliente mojara cada centímetro de su piel. Luego se vistió solo con una musculosa blanca, se peinó frente al espejo, apagó la luz y se dirigió a su habitación.

Encendió el velador y se recostó boca abajo entre las sábanas desordenadas. Hundió la cabeza en la almohada; el olor de su hombre estaba allí, impregnándolo todo.

Se dio vuelta, apagó la luz y se quedó mirando el techo en la penumbra de su habitación; allí, las gotas de lluvia cantaban una melodía suave de ritmo constante.

No podía ser más feliz.

No era la primera vez que viajaba atravesando una noche cerrada, sin luna. Pero eso no representaba dilema alguno porque conocía la ruta entre Azul y Rauch como la palma de la mano. Podría hasta manejar con los ojos cerrados y llegar sin inconvenientes a la ciudad donde vivía.

Lo que le molestaba un poco era la persistencia de la lluvia, que no dejaba de caer desde que había salido del estacionamiento y que, además, había aumentado notoriamente su caudal en los casi treinta kilómetros que llevaba de viaje; y se sumaba un fuerte viento lateral que hacía que las gotas parecieran verdaderos estiletazos.

El mal clima había sido una constante todo el día y, según había oído de sus colegas azuleños en la reunión a la que había asistido, la lluvia caída en las últimas cuarenta y ocho horas superaba los doscientos milímetros.

Subió el volumen del estéreo, y la voz del Indio y la guitarra de Skay atronaron el interior del auto con «Ella debe estar tan linda». En cada viaje lo acompañaban buenos rocanroles, y Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota era la banda estrella del pen drive que llevaba conectado.

Coincidencia o no con la letra del tema que escuchaba, se le vino a la mente el tremendo polvo que se había echado hacía no más de una hora. La mina había hecho cosas imposibles en la cama. Estaba buena —estaba muuuy buena— y, de acuerdo a su propia experiencia con las diferentes parejas que había tenido a lo largo de sus treinta y cinco años de vida, las minas con un cuerpo como el de ella, perfecto por donde se lo mire, eran las más boludas a la hora de coger. Pero Diana era distinta: inventora de poses y contorsiones inimaginables, hacía desastres cuando la fuente de placer que escondía entre sus piernas largas lo envolvía sin piedad. Y ni hablar cuando la tipa ponía en acción su boca de labios suaves y lengua insaciable... o ese culo espectacular, terso, duro, voraz como pocos.

Movió apenas su cabeza de izquierda a derecha, como no creyendo que semejante mujer podía ser suya. No le quedó otra que acomodarse el bulto con una mano —el cual, con lógica propia, crecía entre sus pantalones a la par de sus recuerdos— mientras que con la otra sostenía el volante.

Quiero morder el tallo de su rosa, aunque me clave sus uñas espinas, decía el Indio desde los parlantes. Y fue lo último que escuchó cuando el auto, indomable por la velocidad que llevaba y por el agua tendida como un colchón sobre la ruta, hizo un trompo y, tras varios giros sobre sí, se detuvo en la cuneta con las cuatro ruedas escrutando el firmamento.

Lo vio por primera vez en la primera reunión del año 2015 del Consejo Directivo del Colegio de Abogados del Departamento Judicial de Azul. No era mucho mayor que ella (con veintiocho años recién cumplidos, Diana era la abogada más joven del cuerpo colegiado), venía de Rauch y representaba a los colegas de su ciudad en el Consejo.

El flechazo fue mutuo.

En la soledad de su habitación rememoró cada segundo de la animada charla que tuvieron durante la cena posterior a aquella reunión —que los tuvo a ambos sentados uno junto al otro... mérito absoluto de su astucia femenina— y cómo, al despedirse con un beso en la mejilla, ya saltaron las chispas de un fuego interior que comenzaba a crecer.

Luego se contactaron a través de Facebook, y desde la web entraron en una espiral ascendente de incontables chats que reclamaban con urgencia la unión definitiva de sus almas. La que no tardó en llegar, y que fue luego de la segunda reunión mensual del Consejo Directivo. Ninguno se quedó a la cena habitual. La abogada primero, y su colega rauchense un par de minutos después, abandonaron la sede del Colegio de Abogados y se encontraron en la puerta de la casa que la joven alquilaba.

Y esa noche el sol eclipsó la luna, los planetas chocaron sus órbitas deliciosas, y las estrellas dominaron la Vía Láctea saltando retozonas en la inmensidad.

Volvió a la realidad y escuchó a la lluvia arreciando su caída sobre el techo. Le gustaba oír llover. Como también le gustaba —y mucho— la forma en que él la hacía suya. Sabía muy bien lo que ella quería, y cómo lo quería; suave y delicado cuando correspondía, duro e intenso cuando su cuerpo no daba más de placer.

Por su mente pasó el recuerdo de la piel de su hombre fundiéndose con la suya. Eso la excitó. Qué noche habían pasado hacía solo unas horas... Cada vez mejor, cada explosión de sus entrañas superando a la anterior.

Echó a un lado las sábanas con pequeños movimientos de sus piernas y separó los muslos desnudos. Humedeció ambos dedos índice y corazón, y con los de su mano derecha jugueteó con

uno de sus pezones; llevó los otros al clítoris, aquella diminuta fuente de placer que él tan bien sabía acariciar. Y succionar. Y morder.

No pudo más. Y mientras el ritmo de sus jadeos crecía y crecía, el orgasmo la empapó como la lluvia a la ciudad.

Satisfecha, sonriente, se tapó solo hasta la cintura, se dio media vuelta y se durmió enseguida.

Al otro día la esperaba una larga jornada de labor.

Lo salvaron el airbag y el cinturón de seguridad. Ese que su padre se negaba a usar en cada viaje de vacaciones con la familia a la costa bonaerense y sobre el cual él, ya desde pibe, le reprochaba con creces esa negación injustificada.

Pero estaba muy golpeado. Y su auto, un Chevrolet Cruze, había quedado boca abajo. Y no paraba de llover.

Le dolía sobremanera el pecho, y supuso que el latigazo del propio cinturón le había roto alguna costilla. No había problema, de eso se curaría rápido. Se lo desabrochó, haciendo a un lado los restos del airbag destrozado, e intentó moverse dentro del montón de hierros retorcidos en que se había transformado el vehículo. Pero las piernas no le respondieron. Estaban atrapadas en lo que hasta hacía solo unos minutos había sido la trompa del auto. Se apoyó con ambas manos en el volante y, con todas sus fuerzas, deslizó la cadera hacia atrás. Algo se desgarró debajo de sus rodillas y el dolor corrió por sus venas como un río de lava helada. No las pudo liberar.

Tanteó en la oscuridad que dominaba el habitáculo buscando su celular, el cual siempre dejaba en el torpedo del Cruze, conectándolo a su *bluetooth*. No lo encontró. Y, de improvisto, escuchó una explosión junto a la oreja izquierda y cientos de esquirlas vidriadas dieron de lleno contra su cuerpo, lastimándole el cuello y la cara.

Respiró agitado —el pecho le ardió— y se tomó la cabeza con ambas manos. Las retiró humedecidas. No podía verlas y por eso las acercó a su nariz.

No solo era sangre lo que las mojaba, sino algo menos espeso y con peor olor.

Y ahí fue cuando el pánico ganó la escena, llevándose puesta su cordura como un ascensor en caída libre.

El agua estancada comenzó a ingresar por la ventana sin vidrio del lado del conductor. La sintió venir, rozarle el pelo, humedecerle la nuca. Se hizo un ovillo aterrorizado en el asiento y, con los ojos bien abiertos en la oscuridad, apoyó su cara contra el volante. Sin tener noción de lo que hacía, tomó una buena bocanada de aire y tiró una vez más de sus piernas.

Todo quedó bajo un mar hediondo de color marrón.

Cerró su facebook, apagó la notebook y fue hasta la pieza de las mellizas. Sus hijitas dormían profundamente. Se sentó en la cama de Maribel y acarició apenas su cabello; la pequeña no se movió. La besó en la mejilla, y luego hizo lo mismo con Juanita. Madrugarían en unas horas, y tenían por delante una dura mañana en la última salita del Jardín de Infantes. Sonrió ante la ocurrencia.

Hizo una última parada en el baño, donde se perfumó y se puso el camisón; luego fue hasta su habitación y, en penumbras, se sentó de su lado de la cama matrimonial y se apoyó contra el respaldo de madera. Escuchó cómo llovía —parecía que nunca iba a parar— y miró su smartphone. El reloj digital marcaba las 02:03. Ninguna llamada perdida, ningún mensajito, ningún whatsapp. Suspiró.

Pablo siempre le avisaba cada vez que salía de Azul hacia Rauch luego de la cena con sus colegas del Colegio de Abogados, y eso la tranquilizaba. Aunque fuera tardísimo —las últimas reuniones habían sido más largas que de costumbre y ella ya estaba dormida cuando él llegaba a su hogar (se daba cuenta de su arribo cuando lo sentía, recién bañado, abrazándola bajo las sábanas)—, jamás dejaba de llamarla.

Y justo cuando lo esperaba despierta para sorprenderlo —tenía ganas de él, muchísimas ganas: hacía casi una semana que no hacían el amor—, su marido no se había comunicado.

Dejó el celular en la mesa de luz y se recostó entre las sábanas. El cansancio acumulado del trajinar diario pudo más y no tardó en dormirse.

La despertaron los timbrazos y los golpes en la puerta de su casa. Somnolienta, encendió el velador. Pablo no estaba a su lado. «Se olvidó las llaves», dedujo, y miró la hora en el celular. Las 04:30. Y, entonces, y a pesar del extraño calor que azotaba ese raro mes de noviembre, un escalofrío la recorrió de punta a punta.

Corrió hacia la puerta de su hogar y, al abrirla, la luz azul del móvil policial la encegueció por unos segundos.

Los que tardó el uniformado en darle la noticia que nunca hubiera querido escuchar.

Carlos Eduardo Beilinson Solari